

Espíritu social y alma colectiva,

por

Antonio Zozaya.

LENAR se podría muchos infolios con cuanto se ha dicho, más o menos acertadamente, acerca de las muchedumbres. Casi siempre se ha hecho en su desprestigio y rebajamiento. Desde la afirmación de Spencer, para el cual toda multitud tiene una inteligencia y una ética inferiores, con mucho, a las de cada uno de sus componentes, hasta los cargos, más fundados, de Sighele y Lebón, han sido incesantes las fulminaciones de filósofos, sociólogos y moralistas. Se asegura que, hasta cuando se halla compuesta por intelectuales tímidos, se trueca la multitud en un heroico *Cristobalón*, capaz de todas las valentías y también de ser engañado, como los salvajes, con pedazos de espejo y cuentas de vidrio. Además, ¡qué tristeza!, esta muchedumbre, que aspira nada menos que a ser soberana, es de una ordinariez lastimosa. Lo aseguran ciertos espíritus selectos, aunque reconociendo que ello es debido al estado de ignorancia, de miseria y de esclavitud en que, durante siglos, se la ha mantenido. También lo juran los improvisados imitadores de *Jorge Brummel*, las gentiles damiselas molierescas y las *Madame Sans-Gêne*, luego de pulimentadas y barnizadas, refiriéndose, ¡claro está!, a prácticas sociales meramente externas, cuando no vacuas y ridículas. El tiempo no ha pasado en vano; y tan difícil es figurarse a los cortesanos y abates empelucados, del siglo XVIII, volando en autogiro y proclamando la igualdad de sexos, como a las muchedumbres modernas bailando el minué.

A unas aseveraciones rígidas e inflexibles conviene no oponer otras igualmente sectarias. En esto, como en todo,

hay hombres esclavos de la letra, satisfecha siempre de sí misma y pretendiendo hablar para la eternidad, como las cumbres de granito, y hay otros que encarnan el espíritu solitario y adaptable, que impulsa a negar hoy lo que se afirmó ayer, y siempre mirando hacia adelante, como impulsados por una anhelante inquietud.

Interesar a las muchedumbres es el primer afán de todos los seres superiores. Sin la consagración de la multitud y la imposición del Pope de millones de manos, toda gloria parece baldía. Ella otorga al pensamiento la difusión, la integración, la perfección soñada. Su labor parece hallarse destinada a sustituir, con el tiempo, a la individual. El proverbio latino que califica su acento de *vox Dei* no hace sino confirmar el instinto adivinador de todos los géneros, que los lleva a universalizar y democratizar sus más bellas e inspiradas obras.

Forzoso es educar a las muchedumbres; pero también hay en ellas mucho que aprender. ¡Triste del sabio, del dramaturgo o del artista que no consigue interesar a esa colectividad que nos ha de juzgar a todos! “Asistimos—ha escrito Guillermo Ferrero—a la desaparición gradual del genio, y, en su lugar, es consagrada la obra colectiva.” ¿Son, por otra parte, estos momentos los más oportunos para increpar a las muchedumbres y para acusarlas de ignorancia y maldad, para negarles todo derecho y oponerse sistemáticamente a sus aspiraciones legítimas? Son la humanidad. Si no nos entiende, procuremos humanizarnos.

Caudillos, dramaturgos y eruditos, ¿no hemos interesado a las muchedumbres? ¡Qué hemos de hacerle! Nuestro caudillaje no tenía raíces en el amor patrio; era nuestra tragedia falsa y artificiosa, y nuestra vana erudición, estéril. “¡Oh muchedumbre estúpida!”, clamamos cuando no ceñimos el guantelete de hierro que puede llamar con imperio a sus puertas; pero son nuestras manos débiles, y no nos es posible llamar. Si lo hiciésemos con la energía de un Tirteo o de un Alejandro, con la inspiración ardorosa de un Sófocles o de un Wolfgang Gæthe, se hubieran abierto esas puertas de bronce de par en par,

para encaminarnos al Capitolio o, en caso infortunado, para brindarnos la gloriosa cicuta.

Hay que decir a los modernos trágicos: "Escribid con sangre y con lágrimas; hablad al espectador de sus pasiones y sus angustias; encarnad en el protagonista al ser humano, y en el coro, la voz de los siglos; fijad en vuestros versos, poetas, no la artificiosa cadencia retórica, ni las discordancias de los bebedores de ajeno, sino el rumor de las cosas que en derredor vuestro hablan y palpitan. Recordad el *si vis me flere dolendum primum esse tibi* horaciano. El concurso se sentirá poseído de asombro, llorará con vuestros personajes, sollozará sus penas y rugirá sus iracundias. El laurel ceñirá vuestras sienes, porque habréis sido humanos."

Y a los caudillos: "Combatid por el porvenir de la raza humana, no por un partido, sino por el afianzamiento de una verdad, por el signo de una idealidad, sea ella la que fuere. Podréis ser muertos, pero no olvidados. En el sitio en que hayáis caído brotarán espadas redentoras, como espigas en el trigal. No pidáis alma a las muchedumbres; si vosotros no la tenéis, trabajad, no para vosotros, sino para quienes son más y de juro mejores que vosotros."

Pensad en "todo el mundo", es decir, en lo que no ha de morir, en lo que, con el tiempo, ha de ir quintaesenciando la labor de todos y de cada uno, en lo que ha de incorporarse la ciencia de todos los libros, como la abeja el perfume de todos los pétalos.

Preciso es concebir la idea de la muchedumbre, no como una masa pasiva, sino dinámicamente, como recomienda Jellinek. No hay muchedumbre en el sentido material de aglomeración de individuos en rebaño, sino en un aspecto verdaderamente jurídico, en que hay espíritu colectivo. Concebida así, no es sólo el conjunto de personas que trabajan o huelgan, sino ellas en sus relaciones, vínculos y aspiraciones activas, es decir, el Pueblo. Él, dígase cuanto se quiera aducir en contrario, se halla preparado para toda clase de reformas políticas y sociales. Lo ha estado siempre, aun para lo que parece más ajeno

a su comprensión: el Arte puro. “¿No fué la Democracia ateniense—preguntó el profesor Chiapelli—, pueblo de mercaderes y de navegantes, la que refinó el gusto estético y creó el arte inmortal de Eurípides y de Fidias?” A la voluntad expresada por las corporaciones populares de las artes, ¿no contestaron Luca della Robia, Donatello y Brumellesco? Y la lírica inglesa, desde Shakespeare hasta Tennyson, ¿no fué, en gran parte, creación del pueblo más industrial de la época moderna? Sin embargo, el mismo Chiapelli siguió, a veces, la huellas de Renan y llamó a algunas muchedumbres bárbaras, olvidando los tiempos en que el pueblo de Siena acompañaba, en la catedral, los cuadros artísticos, haciendo voltear las campanas y lanzando exclamaciones de júbilo. El genio, sin la muchedumbre, nada es; y en su obra hay una parte personal destinada a morir y otra que se incorpora al pensamiento de todos y pasa a la inmortalidad, no ya por ser divina, sino por haber sabido llegar al alma del pueblo.

La pasión es una de las notas características de la muchedumbre y, por ello, se la censura airadamente; pero la pasión, que en los individuos es estímulo (¡desgraciado quien no se apasiona por algo grande!), en las muchedumbres es fuente de avance y de ciudadanía. Un pueblo estudiando junto a una mesa, rodeado de matraces o de fórmulas algebraicas, apoyando la mano en la frente pensativa, a la luz de una lámpara, es algo absurdo. La reflexión es una función exclusivamente individual; no se da en batería. La muchedumbre se apasiona por una idea o la rechaza; no cabe en ella ese término medio que, según el latino, guarda la virtud. Y es natural que así suceda. No se transmite en ondas la frialdad, sino el calor, como la luz, la electricidad, la vibración hertziana, el fluido magnético, todo lo que produce actividad. Y la reflexión no es una fuerza, sino una barrera opuesta a la energía desbordada, un firme dique a la exaltación. Y los diques no se transmiten ni se contagian. Por eso, las teorías ponderadas nunca pueden ser populares; sus adeptos tienen que ser hombres reflexivos y timoratos, cuando no personas que se mueven por determinado interés. Contagian su entusiasmo o su fervor a las muchedumbres los que lo sienten: Jesús de Nazareth, Mahoma o Pedro el Ermitaño; y, en orden menos elevado, Tirteo, Xerxes,

Casio, Danton, Washington, Santos Louverture. Un sabio que discute acerca de la luz del Tabor no puede esperar sino el abandono de la plebe y el graznido agorero de los gansos del Capitolio.

Aun en el orden individual, es sano el apasionamiento. "La acción es pasión", escribió el autor escocés del *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Siglos antes había dicho el peripatético que "la vida es el movimiento"; pero no hay movimiento sin excitación previa. La inmovilidad es la muerte, y los hombres pueden morir; pero la humanidad se perpetúa, deja a los individuos la reflexión y ella procede por apasionamiento.

La pasión llega al estudio mismo. ¡Pobre trabajo el del investigador que no se apasiona por una preparación puesta al microscopio en el *porta*, por un cálculo comenzado en el encerado, por un precipitado en el tubo de ensayo, por una investigación emprendida en el silencio de una biblioteca! Como el hierro, el cerebro humano no quiere ser trabajado en frío. Por ello, las grandes transformaciones que han decidido el destino de los pueblos han sido realizadas en épocas de pasión encendida. Los grandes y decisivos avances no se llaman involuciones, sino revoluciones; sus héroes no son los Wambas, ni los Cincinatos, sino los Alejandro y los Augustos; no hallan los soberanos adecuado símbolo en Carlos el Simple, sino en el Temerario. Pedir a los pueblos reflexión es como exigirles servidumbre. Es absolutamente preciso que sientan la pasión o el amor al yugo.

Se asegura que el fuego primero debió ser encendido por el frote reiterado de dos pedazos de madera. Es harto dudoso. La chispa primera que vieron los hombres debió proceder del rayo y fué imitada por el choque violento del hierro con el pedernal. El choque es necesario, como lo es la caída de potencial y el previo desequilibrio, para que se manifieste la fuerza. Y la pasión es eso: un desequilibrio de energías, que se traduce en fuerza al equilibrarse de una manera rápida. En las colectividades, el apasionamiento es la vida; sin él no puede haber sino quietud, estancamiento y definitivo marasmo.

Debe ser, en todo caso, aconsejada la reflexión a los individuos, si el arrebató llega. Bergson hace notar que basta hacer sentarse a una persona encolerizada para que

en el acto se tranquilice mucho; pero a las muchedumbres no se las puede hacer sentar y, si lo hiciesen, dejarían, *ipso facto*, de ser muchedumbres para convertirse en rebaños, como los tigres dejan de ser fieras cuando se suben a los taburetes del circo, al mandato del domador. Es menester que las colectividades populares se apasionen. Demasiado presto vendrá el cansancio. No se dejan sin hacer las cosas por sobra de entusiasmo, sino por carencia de fervor.

Y si aparecen dos apasionamientos en pugna, mejor que mejor. De las dos fuerzas saldrá la resultante paralelográfica. Lo que no puede ser es que, entre dos opiniones, venza tal vez la errónea, por ser la única apasionada. Fué la pasión la que hizo procrear a los primeros hombres y hará palpar a los postreros dentro del vientre maternal. Y esa pasión fué, sin duda, la que hizo encenderse en el Universo la luz primera, al beso creador de una Causa Sublime.

Piazzì, el profesor italiano, ha dicho: "Cualquiera que sea el modo de manifestarse, cualesquiera que sean sus actos, la muchedumbre es siempre guiada por un solo sentimiento general hiperorgánico, que es lo que se llama *alma colectiva*." Podemos añadir que, cualquiera que sea el modo de proceder de la muchedumbre, siempre hay, en su fondo, una intención honrada, aunque la falta de cultura y la excitación de las pasiones puedan llevarla a equivocar la senda que debe seguir, trocarla en secta y hacerla cometer los más espantosos delitos.

Esto sucede cuando, usurpando soberanías que en ningún caso son de las muchedumbres, ni aun cuando son selectas, sino de la Sociedad organizada o del Pueblo representado por cada uno de estos organismos, cae en la ofuscación y siempre después de padecer esclavitud y miseria. Todavía, en esos casos, el fin que persigue la multitud es bueno en el fondo, como cuando pide el linchamiento de un asesino; más yerra al hacerse cruel. ¿No sucede lo mismo a los autócratas de todos los tiempos, que invocan el bien público, algunas veces de buena fe, para entregarse a los más feroces actos de violencia? Si

los hombres colocados en las más altas cimas de la riqueza, del poder y aun de la cultura, caen en tan deplorables desvarios, ¿cómo extrañar que la muchedumbre, erigida, por azar, en juez, siga el ejemplo de quienes no la enseñaron otro Derecho penal que el del Talión o el de la represalia?

De este modo, las turbas francesas del 93 llevaron a la guillotina a los nobles, creyendo, erróneamente, que así salvaban del hambre y de la servidumbre a sus hermanos. La turba militar destruyó la maravilla mística de Reims, imaginando que con ello aseguraba la victoria definitiva de su amada patria alemana: así las multitudes, que aclaman a los grandes bienhechores de los hombres, luego los sacrifican, suponiéndolos impostores. Por eso, los sacrificados que, a fuer de seres superiores, son comprensivos, no se indignan ante estos injusticias de la plebe, y en el mismo suplicio pronuncian el *¡Ob sancta simplicitas!*, de Juan de Huss, o las palabras más misericordiosas del Redentor: "¡Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen!"

Cuando delinquen los individuos, en vez de renegar de la raza humana, lo cuerdo es pensar en educarlos y hacerlos capaces de gustar el inefable placer de ser dignos. Cuando las muchedumbres delinquen, en vez de maldecirlas, lo razonable es ponerlas en condiciones adecuadas para que no confundan el bien que persiguen con el mal que realizan, para imponer lo que estiman justo, para que, al presenciar la representación de un melodrama, no pidan a voces la muerte del traidor, y sepan que jamás podrán emanciparse por la violencia, sino por el enaltecimiento que prestan la cultura y el firme propósito de seguir los imperativos de la conciencia.

Esta educación es incompatible con la esclavitud y con la explotación de unos hombres por otros hombres. La multitud es una fiera que se amansa con pan y equidad, y que también se humaniza con ejemplos y con en-

señanzas. Raro es que los hijos de los anarquistas enriquecidos por azar sientan esas ferocidades colectivas. Quien siembra ignorancia y hambre, no puede recoger sino salvajismo. Error también es que se llame cristiana una sociedad que olvida los preceptos misericordiosos del Evangelio.

En algunos países, en donde las muchedumbres han cometido excesos abominables, se ha creído que los únicos medios de evitarlos son el despotismo y el castigo lleno de encono y de crueldad. ¡Tremendo error! Olvidan, quienes de tal manera piensan y proceden, que toda autoridad que ejercita el supuesto derecho de venganza y no el de defensa, el de castigar y no el de educar, es injusta y contraria a toda civilización que merezca tal nombre. Oigamos a Fouillée: “¿Qué será una pena que no supone ni un medio de defensa ni el mejoramiento moral del perverso? No es sino un infierno pasajero, diferente, únicamente, del otro en la duración, porque lo que constituye realmente el infierno de Luzbel es la pena sin resultado.” Ciertas metafísicas no son, en el fondo, sino abstracciones ilógicas. Voltaire, tan contrario a las religiones positivas, al admitir su “Dios vengativo”, consolidaba el artificio fundamental que atribuía a la combatida creencia. También, absurdamente, Kant, al establecer el derecho de castigar, lo fundaba, no en la utilidad de la pena para el culpable y para los demás hombres, sino en una supuesta justicia muy parecida a la del Talión.

Se dice que, conforme a las teorías de Prins, de Cogliolo, de Von Liszt y de Hamel, es una exigencia jurídica la defensa social; pero todos los tratadistas citados, sin exceptuar a uno solo—y, con ellos, Laudat, en su *Difessa sociale*—, coinciden en afirmar que, entre dos penas aplicadas en defensa de la sociedad, es injusta la más grave. Lo mismo que Guyau, en su *Exquise d'une moral sans obligation ni sanction*, declaraba que la pena debe hacer compatible el máximo de defensa social con el mínimo posible de sufrimiento individual, todos los tratadistas, desde Beccaria, condenan la violencia innecesaria y la crueldad vengativa. Las represiones en tropel, sin límite de piedad, son una barbarie cruel, una furia epiléptica, que no puede menos de encontrar su sanción en el porvenir, porque nada fecunda el suelo de la tierra, ni el campo de

las ideaciones como la sangre humana vertida injustamente.

Alimena, en sus *Principios de Derecho penal*, ha demostrado que nunca puede ser justificado el exceso de represión que se sitúa más allá del derecho de defensa. Tal es la doctrina verdadera.

Hay una ley de dilatación de las energías espirituales, como la hay de los gases y ella es tan poderosa, que deja muy atrás a las reacciones que provocan la conflagración de los más fuertes explosivos. Los psicólogos tradicionales se obstinaron en aplicar a la vida del pensamiento, de la sensibilidad y de la voluntad leyes arbitrarias muy diferentes de las que rigen el Universo de la materia; pero no hay materia ni fuerza abstractas al modo de los materialistas clásicos como Büchner y Moleschot. Todo es concreción de energía; y es más fácil y sensato, como ya dijo Spencer, traducir lo que se llama materia por lo que se denomina espíritu que lo inverso.

En todo conflicto entre los Gobiernos y las muchedumbres, no deben éstos olvidar que, no siendo éstas las únicas soberanas, puesto que no son sino una parte y manifestación de la sociedad, cuyos organismos tienen esferas propias de Derecho, lo son, en cierto modo y en lo que afecta a la individualidad, como su expresión colectiva; y, por otra parte, hay que tener siempre muy en cuenta que representan también a la opinión pública, y que, aun cuando en los procedimientos yerren, en el fondo de los problemas, las multitudes suelen tener, casi siempre, razón. La oposición sistemática entre gobernantes y gobernados, practicada por todos los autoritarismos, y a que Bluntschli quiso, en vano, dar carácter científico, no puede ser admitida. La Ciencia positiva, que tanto valor tiene ya en todo género de investigaciones, nos dice que no puede ser totalmente anulada energía alguna producida por hechos naturales. Cuando una fuerza psíquica colectiva es expresada de un modo categórico y rotundo, oponer a ella la fuerza no es sino establecer un desequilibrio forzado, que, como todos los desequilibrios, tiene que acabar, tarde o temprano, en una violenta caída de potencial. A una violencia sigue otra violencia; a una revolución armada, una reacción y a una tiranía sangrienta, un alzamiento definitivo, que echa por tierra todo lo

impuesto contra lo que ordenan las condiciones de la vida actual y los dictados de la razón humana.

Un célebre sociólogo italiano ha dicho que el público es un niño, dispuesto a creer que cada piedra esconde un alma y que los burros vuelan. En su opinión, las gestas, los romances, las *fiaba*, les *fablieaux*, los *rumanzeno*, no responden a otra psicología. Rossi, por su parte, de acuerdo con Ferrero, inducía que la psiquis popular, en sus formas más simples y menos evolucionadas, es predominantemente sensitiva, más que pensadora. Puede añadirse que en ella juega un importante papel lo subconsciente, pero despojado del instinto genésico (por ello se indigna la multitud tanto contra los delitos de violación). La psicología de la muchedumbre está esperando un nuevo Freud que difiera del antiguo en este punto fundamental.

En la muchedumbre hay algo censurable, pero mucho inspirado. Con su fervor por lo maravilloso, sublime, se forja todas las cadenas, pero se teje todas las guirnaldas. Es esclava en la ergástula, pero sabe enrojecer con decoro las arenas del circo; se precipita con Odino a la matanza bárbara, pero sube con él hasta el Consejo de los Dioses; mueve el tenebroso fragor de la *Iliada* y escala las gradas marmóreas del Olimpo; vocifera airada ante el Pretorio, pero aclama en Jerusalén, y purga su falta durante siglos de penitencia. Como la Venus de Giávone de rosas, se alimenta de ensueños, y esos ensueños se llaman Fe, Democracia, Independencia, anhelo romántico. Los hombres escriben la Historia; las muchedumbres la viven y forjan las leyendas. Los individuos envejecen; las colectividades son niñas siempre, y, ante ellas, la muerte se detiene absorta, como ante un Universo espiritual, en el cual no le es lícito fijar la planta de su pie descarnado.

La muchedumbre todo lo cree y, como Alighieri en "El Paraíso", todo lo espera. Un hombre, solo, rara vez cree poder comunicarse con los espíritus; pero, unido a otros en círculo mágico, se hace la ilusión de escuchar los golpes secos y rotundos de la telepatía ultraterrestre. Por eso, los fundadores de religiones no hablaron a los individuos aislados, sino a los pueblos, colosales baterías eléc-

tricas, que mueven las montañas y saben sacar del hervor homicida de la Plaza de Grève la llama futura que, luego de purificada, había de alumbrar la aspiración generosa de la igualdad humana. Ciegas, inspiradas, crueles, a veces, las muchedumbres, propicias a todas las fiezas y a todas las excelsitudes, no son jamás *Fausto*, ni *Hamlet*, ni *Quijano*; pero son la *Ilíada*, el Romancero y los *Niebelungos*. No son la elegía, ni el epitalamio, ni la anacreónica; pero son la epopeya. Y cuando todo parece desplomarse en el abatimiento y en las tinieblas, un grito colectivo hace brotar en el Universo la luz. Un sol en el espacio, magno, deslumbrador, pero único, sería demasiado triste. El espacio infinito es maravilloso y deslumbrador, porque es una muchedumbre de estrellas. Un globo de diamante, que abrazase toda la inmensidad, nunca tendría la grandeza que el divino polvo de las nebulosas.

Buscando el profesor Rowe, en el orden administrativo, una armonización de la Democracia y de la eficacia, declara, después de largos estudios y experiencias, que la única acción eficaz es la resultante de las indicaciones de la opinión pública. No hay que recordar la importancia que a esta opinión pública conceden tratadistas como Lowe, Fracasetti, Tamparo y otros no menos merecedores de estudio. Desoír la voz colectiva es perderse en las sombras.

Hay épocas críticas en que todo parece fracasar: mira desplomarse sus aras la creencia, sus principios la investigación, el progreso industrial sus maravillosos alcázares, la Moral sus preceptos, el Arte sus normas, la conciencia sus ritos. Vacila el sabio en la soledad de su cuarto de estudio y el investigador en su laboratorio; tiembla el creyente en la penumbra de la galería circular y oscura del ábside y siente el pensamiento la pesadumbre de la ineficacia de su tarea. Todo parece sumergirse en la noche siniestra. Pero, de pronto, la muchedumbre lanza su clamor apasionado e ingenuo y, como por arte mágica, todo parece revivir. En la quietud de los solitarios jardines, en que las pétreas esculturas se yerguen estáticas sobre sus desconchados plintos, los raídos bancos de piedra se cubren de musgos y gusanos y de polvo los viejos atadores y las aguas se duermen bajo los líquenes verdosos y las hojas secas, un grito infantil, uno solo,

resonando en el esmerilado fanal de los cielos, hace animarse y despertar todo, como en prodigiosa resurrección. Así, tras las horas de desilusión y de pesimismo, al clamor de las muchedumbres, todo parece renacer y surgen los nuevos apasionamientos y los esperados ideales y los errores perdurables, pero generosos, y los definitivos aciertos. Y sobre los bosques arrasados por el hierro y el fuego, renovados por la fecundidad de las nuevas semillas, sueñan, armónicas y embelesadoras, como en la siesta del sensual fauno de Debussy, las prodigiosas y suaves cadencias de la flauta de Pan.

Porque las cosas y los hombres mueren, y hasta las piedras que de ellos se escriben, como se dice en la oda "A las ruinas de Itálica"; pero no muere la Causa Eterna y Soberana que les dió vida y que hace revivir el afán de realizar el destino humano a través de las generaciones y de los siglos.

Una muchedumbre ignorante, exaltada, puede ser una secta y aun llegar a trocarse en horda; pero, instruída, aleccionada, guiada por hombres de superior cultura y de voluntad firme y desinteresada, es el Pueblo y sin el Pueblo no es posible gobernar ni aspirar a la realización de fin alguno colectivo.

Jesucristo no desdeñaba la opinión de las multitudes, para las cuales predicaba y no para los poderosos de la Tierra; y así dijo: "A todo aquel que me reconociere y confesare por Mesías delante de los hombres, yo también le reconoceré y me declararé por él delante de mi Padre, que está en los cielos." (Math., X, 32.) Y el célebre orador sagrado Cassillon pronunció esta sentencia: "La muchedumbre no puede tener otra ley mejor que los ejemplos."

He dicho ya en otro lugar (*La sociedad contra el Estado*): "Ha habido en el mundo tiranos, castas sacerdotales y oligarquías militares, soberbios triunviratos y armipotentes césares. Monarcas que confundieron el Estado con su persona ególatra y definidores violentos que usurparon los atributos de la Divinidad; pero todos, cuando fueron previsores, acudieron al Pueblo para que refrendara sus poderes, confiados en que lo haría por ignorancia o por timidez. Así, el Capitolio llegó a ser una tribuna como el altar de la Pitonisa, y el campo de ba-

talla, un comicio. Ningún pavés se alzó sino sobre los hombros de trabajadores y de campesinos, guiados a la victoria por su propio heroísmo; cuando hurtaron sus lomos a las andas, los déspotas vinieron a tierra."

Para erigirse en árbitro de los destinos de los hombres hay que contar con algo más que con las nutridas legiones cesáreas o las huestes de Saladino, con los cañones de Cisneros o las cadenas del *Deseado*, vitoreadas por los esclavos voluntarios, como los pintados por Etienne de La Boétie, uncidos a las carrozas palaciegas. Para que haya habido siervos, ha sido preciso que la servidumbre haya sido aceptada y sonreído dentro del collar. Quien niega al esclavo, lo emancipa; quien derriba el fuste anula el capitel.

Aquel infortunado Rey que se llamó Luis XVI ha sido rehabilitado en la opinión pública. ¿Por haberse mostrado digno en el martirio? ¿Por haber pedido perdón al verdugo, luego de pisarlo involuntariamente? No, sino por haber querido justificarse ante el Pueblo desde las gradas del cadalso y bajo los redobles de los tambores de Santerre.

Porque es preciso un Pueblo para recibir con palmas y para llevar a casa de Anás, para crucificar y para deificar. No puede haber héroe sin coro, ni grandeza sin muchedumbre.

Hay, pues, que reconocer en la muchedumbre el alma colectiva; pero, para ello, lo primero obligado es no confundir a la muchedumbre con la turba. Porque la multitud formada eventualmente, la que se forma en un día determinado y luego se disuelve, no es la muchedumbre, es la turba. Rossi tuvo razón al asegurar que lleva en su seno tendencia criminal, aunque, a mi juicio, erró al creer que sigue siendo muchedumbre en el sentido jurídico de Pueblo. No: la muchedumbre es la que se halla más o menos oculta en todas partes, la que opina y expone sus aspiraciones mediante los órganos de la opinión o en las asambleas y organismos populares. Ella es solamente la que tiene un alma; y esa alma es la que puede ser llamada colectiva, y no la de las sectas ni la de las turbas alborotadas.

Lo segundo que hay que poner muy en claro es que esa alma no puede ni debe ser confundida con el espíritu social. Porque la sociedad no se compone únicamente de individuos ni de muchedumbres, sino también de organismos, como la familia, el municipio, la región, los sindicatos industriales, comerciales y de trabajadores, la Universidad (en sentido amplio), la Iglesia, etc. Estos organismos son otros tantos Estados particulares que integran el Estado central, en que reside la Soberanía, no por herencia dinástica ni por designación de una mayoría atómica, sino porque la Naturaleza impone a cada persona y a cada organismo natural el cumplimiento de un fin; y cuando este fin es jurídico, hay una esfera autónoma que no pueden invadir, ni los legisladores ni las muchedumbres. En este sentido, es la sociedad única soberana, puesto que la Soberanía no reside en un individuo, ni en todos, sumados, sino en la Naturaleza, obediente a leyes eternas y augustas, y que designa la función que cada sér individual o colectivo tiene que realizar. Es esta la confirmación de un viejo axioma: *Non est potestas nisi a Deo*.

Hace algunos años, el Sr. Burgos Mazo, persona ilustradísima y de extraordinaria competencia, publicó un interesante trabajo acerca del alma colectiva y el espíritu social. Por desdicha, confundía la una con el otro. A vuelta de criticar las doctrinas de Gumplowiz y de Pascual Rossi, parecía inclinarse a la afirmación de que es el Estado central el *spiritus intus* de todo el Derecho y de que el alma social es el sentir de la muchedumbre, interpretado por el Estado, muchedumbre que no es sino el contacto de unos individuos con otros, al modo de Ferri.

Tuve el honor de contestarle que si, interpretando mal el espíritu social, se le confunde con el alma colectiva de las muchedumbres, se cae en el error de considerar a ésta como único sér y sujeto de derecho; y una de dos: o el Estado se hace su intérprete, en cuyo caso se legitima el autoritarismo o, bien, se incurre en el absurdo del individualismo abstracto rousseauniano y espenceriano, que puede llegar, con Proudhon y con Kropotkine, a los más lamentables excesos de la anarquía.

Pero si se considera que el espíritu social no significa una vaga abstracción, sino el reconocimiento de la Socie-

dad como conjunto armónico de organismos, cada uno de los cuales realiza su fin, hay que confesar que ha sido la nueva Sociología la que ha dado vida a este concepto. No son la muchedumbre, ni el Pueblo, ni siquiera la colectividad general, las únicas entidades que viven el Derecho, sino que hay muchas sociedades compenetradas, cada una de las cuales, no sólo es una realidad sustantiva, sino una verdadera persona jurídica, dotada de conciencia, y que con las otras integra el Estado.

El alma social es el espíritu social complejo: de ningún modo el alma colectiva, suma de átomos. No puede ser pulsada en las muchedumbres, que son compuestos atómicos, sino en los diferentes organismos sociales.

Pero si la muchedumbre no es la única soberana, ni siquiera refleja el espíritu social en su integridad, ello no quiere decir que no deba ser atendida, por representar, con la prensa periódica, el libro y las otras manifestaciones del pensamiento, la opinión pública, bien estudiada por Lewis, Baldwin, Tesso y otros autores antes citados, y, en España, por Giner, López Selva y D. Adolfo Posada.

Este ilustre maestro, transcribiendo y comentando unos párrafos de V. Wilcox, ha planteado el problema de la utilización de la opinión y el de avivar la idea de una Democracia, no sólo andante, sino gobernante. "Si la marea democrática sube—dicen Wilcox y Posada—, ¿cómo convertirla en fuerza motriz utilizable? ¿Cómo aprovechar en formas orgánicas adecuadas este flúido inevitable, esa corriente nerviosa, viva y vibrante, cada día más, del cuerpo social? Por de pronto, se señala la acción difusa de la opinión, latente siempre, que actúa por presión constante, y se afirma soberana, llegado el caso. Pero, además, se aspira a condensarla en instituciones específicas, que permitan la intervención directa, sobre la base más amplia posible, el sufragio menos limitado de la representación más inmediata de la Soberanía; la iniciativa o sea la facultad del elector, el magistrado primario, de proponer reformas y medidas de gobierno que han de ser consideradas; el *referéndum*, o sea la facultad del elector para ejercer el veto y la sanción frente

a las medidas o reformas elaboradas o propuestas por los Gobiernos; el *recall* o deposición, o sea la facultad, en el elector, de proponer y, en su caso, conseguir, por vía legal regular, la deposición del magistrado gobernante. He aquí algunas de las formas que se reclaman y se practican ya como Democracia pura." (Posada: *El régimen municipal*, pág. 174.)

Pero esta es cuestión aparte, aunque se relacione directamente con el tema que estoy modestamente bosquejando. Con las reformas de Wilcox y sin ellas, mientras se siga confundiendo el alma colectiva con el espíritu social, en tanto que se suponga que la Soberanía reside en todos los ciudadanos, en un individuo privilegiado o en una oligarquía y no en la sociedad organizada, mientras se crea que el Estado central puede legislar sobre todo y los electores delegar su soberanía para que sus representantes dictaminen y tomen acuerdos sobre lo divino y lo humano, se acabará en la oscilación profetizada para el Pueblo por Tocqueville: entre la servidumbre y la licencia.

Escuchemos, antes que al alma colectiva de la muchedumbre, al auténtico espíritu social, pero no desoigamos la voz de las multitudes; sobre todo, cuando no se muestran arrebatadas, sino prudentes. Ofrendemos a la muchedumbre el tributo que es preciso rendir a las energías incontrastables. De ella se puede decir lo que del fragor de la tormenta: no es la normalidad, no es el equilibrio, no es el eco de una perfección soberana dinámica; pero ¡ay de aquel que se obstina en no escuchar su voz!